

VISION PANORAMICA DE LA NARRATIVA COSTARRICENSE

POR

QUINCE DUNCAN

Universidad Nacional, Costa Rica

I. UNA LECTURA HISTÓRICO-SOCIAL

El presente artículo es resultado de una investigación realizada en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional (IDELA)¹ y está estructurado sobre un conjunto de instrumentos teóricos y metodológicos al que se le ha dado el nombre de *ficciología*. Defínase como disciplina que tiene por objeto de estudio el fenómeno de la ficción², o sea, el estudio de cuanto compete a la producción lingüística generalmente aceptada como invención poética o suceder imaginario². Desde este punto de vista, la ficción se considera un sistema de expresión artística que utiliza la lengua para comunicar una realidad imaginaria construida dialécticamente con base en el entorno histórico estructural.

La ficción, como arte de la palabra, forma parte de un todo correlacionado. Tiene, ciertamente, su autonomía relativa con relación a sus fuentes, pero a la vez se integra a su entorno en un doble sentido: como expresión del sistema ideológico de un grupo social y como medio de ese mismo sistema para darle cohesión al pensamiento colectivo.

Como sistema, la ficción no es, pues, un simple agregado de elementos. Es una realidad nueva, potenciada, cualitativamente distinta de aquello que le dio origen. Se produce con arreglo a un código estético preexistente en la sociedad (al menos parcialmente). Cada obra de ficción surge entonces de la comunidad, como producto del trabajo de un autor

¹ Además del suscrito, formaron parte del equipo los licenciados Mayela Mora (filología), Julián González (literatura) y Guillermo Jiménez (historia y estudios latinoamericanos). El licenciado Duncan es graduado en literatura y en estudios latinoamericanos.

² Ariel Bignami, *¿Qué es literatura?* (Buenos Aires: Editorial Boedo, 1978).

inserto en ese ambiente social. Y cada obra de ficción, como producto creado para la circulación social³, se integra a la realidad comunal al documentar e interpretar las experiencias colectivas, estimulando la reflexión sobre ellas y la voluntad de transformar el suceder real.

La ficción no es, pues, un elemento tangencial de las sociedades. Surge de y se vincula con las sociedades de un modo sistémico. Son sus insumos la experiencia histórica colectivamente configurada en relación con la naturaleza y factores históricos tales como modo de producción, relaciones sociales al interior de los grupos o en relación con otros grupos, visiones del mundo generadas en el seno de las colectividades e impacto de esa experiencia colectiva (del que el autor participa) en la psique del productor de ficción, su propia inserción en la estructura productiva, la asunción o rechazo del *statu quo*.

Una obra de ficción plantea siempre una pluralidad de elementos y una pluralidad de visiones del mundo. La visión del autor se articula por identificación plena, afinidad crítica o en oposición al orden social, o a un conjunto de ideas determinado. Mas los procesos de programación ideológica de las sociedades son tales, que logran encontrar expresión en la obra de ficción muchas veces, *a pesar de* cuáles sean o hayan sido las intenciones conscientes del autor. Muestra así la obra de ficción la complejidad de la realidad social históricamente configurada, realidad que trasciende incluso la conciencia individual.

Por otra parte, hay que mantener presente a lo largo del artículo que la ficción es considerada como un fenómeno universal. Como forma de expresión de experiencia humana, la ficción es un producto de la colectividad, de donde resulta que su producción es una capacidad común a todos los grupos humanos y a todas las personas. El autor de renombre tan sólo es aquel cuya producción ficcional es aceptada por la comunidad en el proceso de circulación social, sea por su contenido o por su forma, coherente con el modelo y las normas estéticas de un buen número de miembros de la comunidad, siempre que, desde luego, tenga acceso a medios eficaces de difusión.

Ahora bien, no toda producción ficcional alcanza el mismo nivel de congruencia con las estructuras ideológicas y estéticas de la sociedad ni todos los autores expresan su mensaje con un grado óptimo de eficacia. La producción ficcional surge de la conciencia siguiendo tres pasos lógicos o niveles de expresión. Un primer nivel de asombro que refleja simplemente el impacto del descubrimiento, de la novedad, de relaciones antes insospechadas. Un segundo nivel reflexivo en que la producción fic-

³ Néstor García Canclini, *La producción simbólica* (México: Siglo XXI, 1979).

ticia se orienta hacia la búsqueda de una explicación, realiza un análisis, produce una síntesis. Y un tercer nivel de didaxia, en que, frente a la explicación de *lo que es* surge la idea de *lo que debe ser* y de *lo que no debe ser*.

De conformidad con lo anterior, la ficción cumple diversas funciones sociales. Una función testimonial, como testigo de hechos y fenómenos naturales, sociales y psíquicos; una función reflexiva que sistematiza e interpreta las ideas de un grupo social frente a fenómenos y hechos naturales, históricos y psíquicos. Y finalmente, una función didáctica en que se puede asumir una postura de identificación plena y acrítica con lo dado, dando validez universal a un conjunto de valores; se puede alternatively mostrar algún grado de afinidad crítica, cuestionando ciertos aspectos de lo dado, o bien adoptar una posición contestataria que niegue la fundamentación de lo dado y busque su sustitución total.

Pero estas funciones aparecen mediatizadas. La producción misma (selección de temas, por ejemplo), así como la receptividad y la divulgación, dependen de muchos factores del entorno, lo que García Canclini llama el campo artístico⁴. En la sociedad capitalista ese conjunto de factores está integrado por elementos tales como tamaño y capacidad adquisitiva del mercado, características específicas del Estado (democracia, militarismo), niveles de censura, acceso del autor a editoriales, industria productora, crítica literaria y otros. En la sociedad socialista habría que privilegiar otros aspectos tales como objetivos de planificación del Estado, grado de identificación del productor con los objetivos socialistas, mayor o menor grado de censura coyuntural, capacidad técnica de la industria productora y otros.

En las sociedades comunitarias esa mediatización es muy relativa, puesto que, al ser toda la producción ficticia oral, el autor o el cuenta cuentos tiene acceso directo al público.

Desde luego que la mayor parte de las obras de ficción tienden a la polifuncionalidad, siendo la monofuncionalidad, más que la regla, una excepción. Y por supuesto que, a pesar de la estructuración más o menos rígida del campo artístico, los autores contestatarios siempre logran formas de difusión no convencionales que pueden, bajo ciertas circunstancias, facilitar una aceptación muy vasta de su obra a pesar del sistema.

Las anteriores premisas dan lugar a la ficciología como disciplina. Se justifica por el carácter específico de su objeto de estudio: un suceder

⁴ No hay espacio aquí para abundar sobre los hallazgos relativos al campo artístico en Costa Rica. En el estudio se dedica un capítulo a la crítica, analizándola históricamente.

imaginario por forma y contenido; autonomía relativa de la ficción en relación con sus fuentes (no es ya ni la sociedad, ni el autor, ni un informe fiel del suceder real). Y se da por sentado que el estudio ficciológico de una obra o de un conjunto de obras ficcionales es la búsqueda de relaciones de coherencia entre el suceder imaginario y su correspondencia probable con el suceder real. Es la pesquisa de las fuentes de producción presentes en la historia, en los discursos no ficcionales, en las estructuras sociales. Y con la clara convicción de que el autor *no es un mero transcriptor*, el estudio ficciológico es también el análisis de la función social, potencial o efectiva que cumplen o pueden cumplir las obras de ficción en un entorno señalado.

El presente estudio de la narrativa costarricense no es una simple clasificación por escuelas o generaciones, un ordenamiento cronológico ni una catalogación. No es tampoco una relación biográfica ni crítica pura en un sentido estético. Es una interpretación que pesquisa tanto lo explícito en las obras de ficción como lo implícito, sean sus posibles implicaciones sociohistóricas.

Se ha descartado por el momento la producción ficcional oral y la que, aun habiendo sido producida por costarricenses, no está en lengua castellana. Se trata de un estudio del suceder imaginario, es decir, de ficción, en su doble dimensión de contenido y forma. Se privilegia a los autores costarricenses nacidos en el país y formados en él, o al menos totalmente integrados a la problemática nacional. Todo lo anterior, en su configuración histórico-social.

II. GÉNESIS DE LA NARRATIVA COSTARRICENSE

No hay documentos que evidencien la existencia de una ficción escrita en Costa Rica en los períodos precolombino y colonial de su historia. Los grupos indígenas no parecen haber desarrollado la grafía y los pobladores coloniales eran de base rural, agraria; aislados, pobres y, por tanto, con un bajo nivel de desarrollo de ciertas formas de cultura tales como la literaria.

Inclusive, los costarricenses resistieron la vida urbana, a tal punto que las autoridades coloniales tuvieron que tomar medidas de coerción para agruparlos, obligando a cada familia a mantener una casa en poblado y a habitarla una parte de la semana. Con esto se logró vincularlos a la Iglesia y al Estado, facilitando su participación en actividades ceremoniales y tributarias.

Esta sencilla vida campesina dio origen a una ficción oral en forma

de leyendas, relatos de viaje, coplas. Pero no produjo una narrativa escrita significativa.

Los primeros años de vida independiente, a partir de 1821, no produjeron un cambio repentino. Este primer período de la historia del Estado Nacional, denominado por el presente estudio período patricial, dio lugar a algunas crónicas dispersas aquí y allá, sin una clara intencionalidad ficcional.

Sin embargo, durante estos primeros años (1821-1858) se dieron pasos importantes, que luego repercutieron directamente sobre el desarrollo cultural del país. Desde el punto de vista económico, el comercio se activó, ya sin las restricciones coloniales. El esquema siguió siendo de una producción de unos cuantos productos para el mercado internacional y la producción a nivel de subsistencia de bienes de consumo local. Los criollos, terratenientes de origen español nacidos en Costa Rica, sustituyeron a los peninsulares en el control del Estado. La oligarquía de Cartago, la capital colonial, ejerce una fuerte influencia en el gobierno. Se desarrolla la clase media baja, compuesta por chacreros (pequeños propietarios de tierra), y una población servil, conformada por blancos pobres, mestizos, negros e indígenas.

Desde el punto de vista cultural, el panorama siguió siendo gris. Sin embargo, hay una mayor cantidad de familias que envían sus hijos a estudiar fuera del país, a León de Nicaragua y a Guatemala.

La ficción escrita, la literatura costarricense, nace en el período siguiente, en el de la República Liberal. En efecto, a partir del medio siglo, Costa Rica se convierte en exportador de café. Esta actividad dio pie a un proceso de modernización sin precedentes. Se democratizó, en los primeros años, la propiedad, al entregar el Estado tierras para el cultivo del café, y se consolida San José como capital política y financiera. Se inicia una importación masiva de productos industriales europeos, se funda la banca privada; en fin, el país se vinculó orgánicamente con el mercado capitalista internacional.

Desde el punto de vista de la estructura social hay una reorganización de clases y sectores. Una oligarquía progresista toma el poder a partir de 1838 y se inicia un proceso de subordinación efectiva del productor directo rural por parte de la oligarquía y una combinación funcional de la gran propiedad con la mediana y con los minifundios, de modo que estos últimos, conservando su condición de propietarios, se identificaron como «cafetaleros» y, por ende, vincularon sus intereses con los del gran propietario, pero a la vez, al no poder mantenerse con el producto de sus fincas, tuvieron que destinar una buena parte del año a trabajar en las grandes fincas cafetaleras vecinas. De esta forma la oligarquía cafetalera

logró evitar grandes conflictos por la tierra, a la vez que controlaba a estos productores directos mediante el empleo por temporadas, y administró toda la actividad de procesamiento y exportación del café, todo el comercio importador, las fuentes de financiación y el poder político.

Desde el punto de vista cultural surgen grandes transformaciones. Los primeros estudiantes han ido a Europa en forma numéricamente significativa y han regresado. Se ha abierto la Universidad de Santo Tomás en San José, se han fundado escuelas normales, colegios de secundaria, escuelas, un Teatro Nacional, y se ha dictado la Ley de Educación Común, en virtud de la cual, para la década de los noventa, la educación en Costa Rica era ya obligatoria y costada por el Estado. Y es a este período liberal al que corresponden las primeras dos grandes corrientes de la narrativa costarricense: la aristocrática y la nacionalista.

Corriente aristocrática (1860-1935)

Manuel Argüello Mora inicia en 1860 su carrera literaria, publicando dos «novelas»: *Las dos gemelas del mojón*, «un drama en el presidio de San Luis», y *Un hombre honrado*. A éstas seguirían otras, siendo la más notoria *La trinchera*, novela publicada en 1899. Temáticamente, la obra de Argüello Mora se caracteriza por su relación de costumbres, sucesos históricos y anecdóticos, sin definición clara entre crónica histórica y ficción.

La ficción costarricense, en lo que a narrativa se refiere, comienza su proceso de consolidación y autonomía a partir de una colección de cuentos de Ricardo Fernández Guardia: *La hojarasca*, que sale a la luz pública en 1894, y en seguida surgen los grandes nombres de esta corriente: Manuel González Zeledón (Magón), Carlos Gagini, Joaquín García Monge y otros.

Desde el punto de vista temático, se privilegian las intrigas amorosas. Los problemas de alcoba, el abuso sexual de las campesinas por parte de los grandes señores de la clase dominante y sus hijos; el problema de los trepadores sociales, que se esfuerzan por entrar en la oligarquía; el honor, la traición, la defensa del rango familiar, la preservación de *statu quo*, la sumisión femenina.

Los narradores de la corriente aristocrática por lo general son omniscientes⁵, pero los hay testigos-suprascientes. Continúa la confusión entre

⁵ Oscar Tacca, *Las voces de la novela* (Madrid: Gredos, 1973). Se utiliza el esquema de Tacca con alguna variante. Se distinguen cuatro grados en la conciencia de los narradores: el infrasciente, nivel de conciencia inferior a la de los demás

autor y narrador, al punto de que muchos personajes se dirigen a los autores por sus nombres, apareciendo así el autor-personaje.

Los protagonistas son siempre de clase alta. Personajes arquetípicos, en algunos casos transitivos⁶, jamás los relatos pierden la perspectiva ejemplarizante. Los personajes campesinos y los trabajadores urbanos sólo aparecen de manera marginal y en función de la oligarquía, y en todo caso siempre como objetos de acción y jamás como sujetos gestores de la historia.

Es muy notorio en la corriente aristocrática el mito de la dicotomía civilización-barbarie como explicación de la dinámica histórica. El mundo aparece jerarquizado entre pueblos civilizados y pueblos bárbaros, con su polo positivo en París, Londres y su polo negativo en el campo y entre los sectores pobres de Costa Rica. Es por tal razón que una gran cantidad de los personajes de esta corriente ficcional viven con un sentimiento de desarraigo con relación a su país y, por tanto, con la consciencia escindida.

La corriente aristocrática es positivista y, por ende, no se ocupa de los factores causales de los hechos y fenómenos. Pero fomenta un modelo de desarrollo eurocentrista. El roce con los pueblos civilizados, la emulación de las formas de vida europeas, el lenguaje referencial que ubica muchos cuentos y relatos diversos en París, Madrid, Sevilla, Oriente. Las aspiraciones aristocratizantes llevan a escribir sobre reyes y príncipes. Se insiste en ponderar la conveniencia de la tutoría de la oligarquía de San José sobre los otros grupos sociales del país. Se enfatiza la necesidad de *orden* y *progreso* como signos de civilización.

Los resultados o desenlaces de estos relatos son salidas felices, o al menos convenientes, para los personajes de la clase alta, siempre que no se salgan de las normas defendidas, pero trágicas o de resignación para los demás sectores sociales⁷.

personajes; el equiesciento, nivel de conciencia similar al de los demás personajes. Superior a éste hay dos grados más: el suprasciente, que sabe más que todos, pero no lo sabe todo, y el omnisciente, que todo lo sabe.

⁶ Distinguimos dos estados: el personaje intransitivo, el que a lo largo de la historia no se modifica o incluso bajo la apariencia de cambio sigue siendo en esencia el mismo. El personaje transitivo es el que modifica su conducta por evolución o por mutación a lo largo del relato.

⁷ Obras representativas de la corriente aristocrática son: *La trinchera*, de Manuel Argüello Mora, publicada en 1899; *La hojarasca*, de 1894, colección de cuentos de Ricardo Fernández Guardia; la novela *El primo*, de Jenaro Cardona Peña, publicada en 1905, y *Cuentos de mi tía Panchita*, de Carmen Lyra, publicado en 1922.

La corriente nacionalista (1899-1937)

Simultáneamente se desarrolla, en el período liberal, la corriente nacionalista. Es una corriente de denuncia, de juicio ético sobre algunos grupos oligárquicos. Se exalta lo autóctono, pero sin perder la perspectiva eurocentrista. Se critica y condena el imperialismo, pero el orden económico se ha de mantener inalterable. En otras palabras: se trata de un caso típico de afinidad crítica, que señala con argumentos moralistas los defectos del sistema con afán correctivo. Entre estos males, el lujo excesivo, el entreguismo al extranjero, la corrupción política, la ausencia de congruencia entre valores aristocráticos y conducta individual o colectiva.

Los narradores son omniscientes, muy dados al detallismo en la descripción física de los personajes, su edad, su biografía, su conducta típica, los cambios en su comportamiento, los estados anímicos. En una palabra: son narradores muy discursivos.

Los personajes son variados. A la par de los de clase alta, surgen los campesinos y la clase media como protagonistas y el personaje extranjero como elemento amenazante: el imperialista. En su mayoría, los personajes son típicos⁸.

La narrativa nacionalista realiza una crítica al mito de superioridad racial anglosajona. En algunos autores es muy notorio el mito del paraíso perdido, como un pasado mítico, un mundo coherente que se ha perdido y que contrasta con un presente incoherente. Pero hay otros autores que cuestionan ese pasado.

Se nota también en estos narradores un sentido de desencanto con los sectores populares. Junto con un proceso de mitificación del paisaje hay una desmitificación del campesino. Los resultados son de derrota, aunque hay anuncios de tiempos mejores: raza nueva, cultura nueva, crisis por resolver.

Algunos personajes evaden su responsabilidad emigrando a Europa (cansados de lo que interpretan como barbarie local); otros, para su ruina, se entregan a los intereses extranjeros. Pero también hay quienes emprenden una lucha patriótica por resistir toda forma de dominación y por el desarrollo de la República a imagen y semejanza de Europa.

⁸ Defínese como «típicos» aquellos personajes que forman parte de un grupo, sin distinguirse de él por virtudes o defectos particulares. Es, como si dijéramos, la «gente normal», los «comunes y corrientes». Otros dos grupos son los atípicos, que son casos únicos, raros, que no se presentan como modelos a emular, y los arquetipos, sean los modelos ideales a emular o aquellos personajes que sintetizan en sí todos los defectos o virtudes de una generación o de un pueblo.

Los nacionalistas estructuran su obra siguiendo, en términos generales, dos modelos: una situación idílica inicial, un elemento de ruptura que da lugar a una sociedad en conflicto y a un héroe problematizado. En este caso, el resultado se presenta como solución negativa por la destrucción física del héroe, como conflicto a resolver con un final insinuado, o bien como evasión mediante la emigración. El otro modelo parte de una situación inicial conflictiva y pasa por una acentuación del conflicto que lleva a una movilización triunfalista, a un nuevo orden, conflicto por resolver o, nuevamente aquí, evasión mediante migración⁹.

III. PERÍODO REFORMISTA

Las dos guerras mundiales, al afectar la estructura de exportación del país (pérdida del mercado alemán, por ejemplo), redujo considerablemente la capacidad económica del Estado. La depresión de finales de los años veinte y primer lustro de los treinta empobreció a la sociedad costarricense, dando un duro golpe incluso a conceptos muy arraigados en el país, como «alternabilidad en el poder», «igualdad» y «democracia».

La oligarquía cafetalera mantiene su dominio, pero la clase media había comenzado un acelerado ensanchamiento y otros sectores sociales se organizan para lograr ciertas reivindicaciones. Ya desde finales del siglo XIX y sobre todo a principios del XX se notan grandes disconformidades en el seno de la familia costarricense. Se logra mediante huelga nacional la jornada de ocho horas de trabajo; se desarrolla en los años veinte un fuerte movimiento populista encabezado por un miembro de la oligarquía, el general Volio, cuyo partido, si bien no logró alcanzar el poder, montó una plataforma política que luego iban a adoptar tanto el Partido Comunista (fundado en 1931) como otros movimientos de carácter reformista.

Los años cuarenta encuentran, pues, al país en crisis. El arzobispo de San José, monseñor Sanabria, clamaba por reformas estructurales que favorecieran a los pobres. Se organizan, por parte de los trabajadores, varias huelgas, siendo la más significativa la de las plantaciones bananeras en 1934. El presidente Rafael Ángel Calderón Guardia lanza entonces un vasto programa de reformas apoyado por el arzobispo de San José y el Partido Comunista, reformas que dan lugar a la organización de la Universidad de Costa Rica, el Código de Trabajo, el Seguro Social, gre-

⁹ Ejemplos de obras de la corriente nacionalista son: de Joaquín García Monge, *El Moto*, 1900; de Carlos Gagini, *La caída del águila*, 1920, y *El crimen de Alberto Lobo*, de Gonzalo Chacón Trejos, 1928.

mios culturales y laborales y otros. Estos cambios acentuaron el conflicto, dando lugar a una división profunda en el seno de la sociedad costarricense, que llevó el país a una guerra civil en 1948. Pero aun cuando los protagonistas de estos cambios perdieron la guerra, las reformas sociales se mantuvieron y consolidaron, sentando las bases de la actual democracia.

A este período corresponden también dos corrientes de la narrativa: la corriente reformista y la naturalista.

Corriente reformista

Las obras más importantes de esta corriente son novelas de tesis política. Surge a partir de 1939 con la publicación de *Juan Varela*, de Adolfo Herrera García, y se cierra en 1973 con *Murámonos, Federico*, de Joaquín Gutiérrez.

Temáticamente hay una notoria preocupación por los conflictos relacionados con la posesión de la tierra y sus consecuencias; la presión o influencia de compañías extranjeras; la corrupción político-administrativa; la pobreza; el conflicto ciudad-campo como opción de vida posible para el costarricense; el endeudamiento campesino y su consiguiente ruina.

Los narradores son omniscientes, suprascientes y equiescientes. Se prefiere un estilo modular en que un relato se encadena a otros para ir presentando diferentes aspectos del problema. La línea principal de narración sufre de frecuentes interrupciones, para dar paso a anécdotas o relatos secundarios que contribuyen a ampliar la visión del problema. Las jerarquías de clase existentes en la sociedad costarricense son sometidas a juicio crítico. Y superando a su antecedente, la corriente nacionalista, los reformistas plantean soluciones. Los mensajes están claramente dirigidos por el narrador a un receptor definido que es víctima real o potencial de la situación denunciada en cada caso.

Hay una riqueza simbólica en esta narrativa. Por un lado, el mito del paraíso perdido alcanza su máximo desarrollo. Se añora el pasado, aunque sin llegar a sostener que todo pasado fue mejor. Este mito es constante en las obras de García Herrera y Dobles y puede esquematizarse así:

<i>Pasado</i>	<i>Caída</i>	<i>Peregrinaje</i>	<i>Redención</i>
Tiempo idílico Igualdad Democracia Fraternidad Convivencia	Expansión de la gran propiedad agraria Violación del código que debe normar la relación tierra-hombre (equilibrio)	Lucha Hostilidad natural y (sobre todo) social	La solución propuesta promete el reestablecimiento de la concordia y la justicia social mediante lucha

El auge mundial de ciertos estereotipos racistas encuentran eco en esta corriente, con notables excepciones, como la de Fabián Dobles. El indio se presenta como un ser de pasado glorioso y un presente de decadencia total. El negro como ser de pasado y presente primitivo. Ambos grupos se asocian con características físicas simiescas, atribuyéndose a la filiación racial determinadas conductas típicas y diferencias cualitativas en el nivel de inteligencia y en lo emocional.

No obstante, la corriente reformista es una de las mejores conformadas en la historia de la narrativa costarricense. Por primera vez hay un análisis de los factores causales. Hay dos tendencias: una agrarista, que defiende la pequeña propiedad rural como modelo ideal de desarrollo, y cuyos exponentes más representativos son Herrera García y Dobles, y una segunda tendencia, obrerista, que postula una alianza anti-imperialista entre proletariado y sectores oligárquicos «progresistas», cuyos mejores voceros son Carlos Luis Fallas, en los años cuarenta, y Joaquín Gutiérrez hasta 1973¹⁰.

Uno de los méritos más extraordinarios de la tendencia agrarista es la actualización de mitos y leyendas de Costa Rica y su incorporación como parte integral de la dinámica ficcional escrita del país.

Corriente naturalista

Durante el espacio de vida de la corriente reformista nace, tiene su auge y muere la corriente naturalista. En 1942 aparece la obra que marca su inicio como corriente: *Pedro Arnáez*, de José Marín Cañas, y llega a su fin como tal, en 1947, con *Cuentos de angustias y paisajes*, de Carlos Salazar Herrera. La corriente naturalista aporta a la narrativa costarricense una gran riqueza simbólica.

La clasificación *naturalista* se atiene al hecho de que estas obras privilegian la naturaleza, geográfica y genéticamente considerada, como gestora de la conducta individual y social de los personajes.

Temáticamente, la corriente naturalista se ocupa de la relación entre hombre y naturaleza, señalando la inutilidad de toda forma de rebelión, puesto que el orden social, en última instancia, está definido por el orden natural. A resultas de lo anterior, la felicidad consiste en adecuar los

¹⁰ Son una buena muestra de esta corriente reformista las siguientes novelas: de Adolfo Herrera García, *Juan Varela*, 1939; de Carlos Luis Fallas, *Mamita Yunai*, 1940; *Ese que llaman pueblo* y *El sitio de las abras*, de Fabián Dobles, publicadas en 1942 y 1950, respectivamente; *Puerto Limón*, de Joaquín Gutiérrez, 1950, y de Luisa González, *A ras del suelo*, 1970.

deseos a estas leyes inconmutables. Tal falta de comprensión de esta ley explica, en buena medida, la crisis de valores de la civilización occidental (no olvidar el trauma de las guerras y de la depresión).

Los narradores son omniscientes y suprascientes y, con una sola excepción, tienen clara su función. Los personajes son variados: los hay arquetípicos y atípicos. Suelen, por tanto, ser intransitivos, heroicos y bien definidos.

Pero la mayor contribución es su riqueza simbólica. En efecto, echa mano a una gran cantidad de símbolos tales como los números cabalísticos, las fechas especiales como, por ejemplo, el 10 de marzo, día en que la República española abolió la enseñanza de la religión en las escuelas, hecho que se considera en la novela *Pedro Arnáez* como símbolo de decadencia. También son importantes los nombres tales como Pedro, Cristina e Ignacio. Fabián Dobles, algunas de cuyas obras se inscriben en esta corriente, insiste en el rescate de la tradición popular costarricense: ángeles y barriletes, pisuicas y duendecillos, lloronas y santos.

El mito de la predestinación colectiva está presente en autores como José María Cañas y Edelmira González. Hay papeles socialmente definidos asignados a la mujer, a los trabajadores, a cada grupo social. Es una jerarquía universal, natural, que debe ser aceptada sin cuestionar. En González esa predestinación incluso toma un matiz racista al diferenciar entre los hombres (europeos) y los centauros, los mestizos y mulatos de la pampa guanacasteca.

Los narradores de esta corriente naturalista transitan con la conciencia escindida: siempre los conceptos civilización-barbarie, ciudad-campo, modernidad-tradición, Europa-América, varón-hembra, naturaleza-sociedad, dicotomizados con criterios jerárquicos las más de las veces.

Con la sola excepción de Fabián Dobles, el sexismo es muy fuerte en esta corriente. Igual observación hay que hacer sobre el eurocentrismo. Se opta por la ciudad, por la modernidad, por el varón, por la naturaleza.

Este último aspecto es el dominante. La naturaleza, siempre omnipresente, aplasta al individuo. Define toda su vida. La angustia viene del hecho de que el hombre se aparta de la ley natural. Se impone, por tanto, una actualización del pasado por medio de la evocación y redefinición de símbolos.

Los finales son, en su mayoría, prédicas de resignación, con la salvedad nuevamente de que siempre hay alguna esperanza en Dobles.

Esta visión del mundo responde bien a los intereses de la oligarquía cafetalera. En medio de la crisis política y económica mencionada, los sectores que detentaban el poder encontraban peligrosa toda manifestación o intento de cambio. Una ideología jerárquica, una visión del mundo que

destaca la rebelión como inútil, calza en ese estado de cosas con coherencia total. De hecho, las obras naturalistas han sido aprovechadas profusamente en el sistema escolar ¹¹.

IV. PERÍODO TRANSFORMISTA

Pasada la guerra civil de 1948, se diversifica el agro y la industria mediante programas estimulados por el Estado. Hay un aumento gradual de la dependencia externa, al intensificarse las relaciones económicas de Costa Rica con los demás países del área a través del Mercado Común Centroamericano y el establecimiento en el país de una cantidad de sucursales de compañías transnacionales dedicadas a la industria y a ciertos servicios.

Surge, por tanto, un proceso de sustitución de importaciones que impulsa el nacimiento de nuevos sectores sociales: los industriales, una ampliación de la clase obrera, una burocracia estatal gigante.

La oligarquía cafetalera logró sobrevivir la guerra civil, pero ha tenido que compartir su poder con los sectores industriales, medios y gerentes de compañías extranjeras.

La clase media se ensancha, reclamando una mayor participación en las decisiones políticas y económicas del país. El sector popular sufre los vaivenes de la nueva organización económica: proletarización de los productores artesanales, períodos cíclicos de relativa bonanza y depresión.

Gradualmente se acentúa la intervención estatal como respuesta a la creciente degradación de las condiciones del intercambio. El Estado, buscando «transformar» a tiempo para evitar una convulsión social que demande un cambio total, se convierte en el principal empleador, abriendo fuentes de empleo a veces burocráticas con tal de absorber la mano de obra sobrante. Hay un inusitado crecimiento de la población al mejorar las condiciones generales de vida. Y hasta finales de los años sesenta se reprime con mucha eficacia el movimiento sindical, no permitiendo su desarrollo en las empresas.

Las condiciones del juego político han cambiado. Se trata ahora de un Estado empresario, de un proteccionismo económico, de una banca estatizada, de nuevas agrupaciones políticas. Se realizan cambios preven-

¹¹ Representativas de la corriente naturalista son las siguientes novelas: *Pedro Arnáez*, de José Marín Cañas, publicada en 1942; *Una burbuja en el limbo*, de Fabián Dobles, publicada en 1946; de Edelmira González, *Alma llanera*, 1946, y la colección de cuentos de Carlos Salazar Herrera *Cuentos de angustias y paisajes*, 1947.

destaca la rebelión como inútil, calza en ese estado de cosas con coherencia total. De hecho, las obras naturalistas han sido aprovechadas profusamente en el sistema escolar ¹¹.

IV. PERÍODO TRANSFORMISTA

Pasada la guerra civil de 1948, se diversifica el agro y la industria mediante programas estimulados por el Estado. Hay un aumento gradual de la dependencia externa, al intensificarse las relaciones económicas de Costa Rica con los demás países del área a través del Mercado Común Centroamericano y el establecimiento en el país de una cantidad de sucursales de compañías transnacionales dedicadas a la industria y a ciertos servicios.

Surge, por tanto, un proceso de sustitución de importaciones que impulsa el nacimiento de nuevos sectores sociales: los industriales, una ampliación de la clase obrera, una burocracia estatal gigante.

La oligarquía cafetalera logró sobrevivir la guerra civil, pero ha tenido que compartir su poder con los sectores industriales, medios y gerentes de compañías extranjeras.

La clase media se ensancha, reclamando una mayor participación en las decisiones políticas y económicas del país. El sector popular sufre los vaivenes de la nueva organización económica: proletarización de los productores artesanales, períodos cíclicos de relativa bonanza y depresión.

Gradualmente se acentúa la intervención estatal como respuesta a la creciente degradación de las condiciones del intercambio. El Estado, buscando «transformar» a tiempo para evitar una convulsión social que demande un cambio total, se convierte en el principal empleador, abriendo fuentes de empleo a veces burocráticas con tal de absorber la mano de obra sobrante. Hay un inusitado crecimiento de la población al mejorar las condiciones generales de vida. Y hasta finales de los años sesenta se reprime con mucha eficacia el movimiento sindical, no permitiendo su desarrollo en las empresas.

Las condiciones del juego político han cambiado. Se trata ahora de un Estado empresario, de un proteccionismo económico, de una banca estatizada, de nuevas agrupaciones políticas. Se realizan cambios preven-

¹¹ Representativas de la corriente naturalista son las siguientes novelas: *Pedro Arnáez*, de José Marín Cañas, publicada en 1942; *Una burbuja en el limbo*, de Fabián Dobles, publicada en 1946; de Edelmira González, *Alma llanera*, 1946, y la colección de cuentos de Carlos Salazar Herrera *Cuentos de angustias y paisajes*, 1947.

tivos y se logra mantener el sistema democrático sin una represión generalizada o violenta.

Hay una promoción cultural sin precedentes en la historia del país. Se fundan entes como la Editorial Costa Rica y la Asociación de Autores. Se fortalece la Universidad de Costa Rica y se crean otros como la Universidad Nacional, el Instituto Tecnológico y colegios universitarios. Se organizan también opciones superiores no universitarias, como el Instituto Nacional de Aprendizaje. Se crea el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, que logra, a su vez, crear y consolidar instituciones tales como la Orquesta Sinfónica Nacional, compañías de danzas y de teatro y grupos de promotores en las comunidades.

Sin embargo, durante la década de los setenta el Estado transformista entró en crisis. Abundaron las denuncias de corrupción y los estudios señalaban el inminente agotamiento del modelo de sustitución de importaciones. La crisis energética, la baja violenta de los precios de los productos de exportación en el mercado internacional y el alza igualmente violenta en los precios de los productos que el país importa; el alza insospechada en los intereses de los créditos en las instituciones financieras transnacionales y multinacionales, y los errores internos producto de una mentalidad consumista fomentada por años, precipitó al país en un estado de ánimo negativo, bien captado y expresado por los intelectuales.

Al período transformista corresponden también dos corrientes ficcionales: la testimonial y la existencialista.

La corriente testimonial

En 1952, pasada ya la guerra civil del 48 y los primeros años de represión cruda contra los sectores perdedores, Carlos Luis Fallas, el iniciador de la corriente testimonial, publica *Marcos Ramírez*.

La corriente testimonial se caracteriza por el asombro de los narradores ante situaciones insospechadas, la denuncia pura y simple sin mayor análisis, la autocensura, la omisión sobre todo de los factores causales de los problemas sociales que denuncia, su tendencia a lo anecdótico, nostálgica a veces, y por su renuncia a la riqueza simbólica de las dos corrientes anteriores.

Los temas son variados, generalmente centrados en la denuncia de injusticias que afectan al campesino, a las capas bajas ciudadanas, a la clase oligárquica en ruinas, así como a la clase media ascendente. Son relatos de aventuras en su mayoría, con la introducción de nuevos temas: el tema del presidio, el tema del negro de la costa caribeña del país, el tema del judío, los problemas del niño, la cuestión de la mediocracia.

Los narradores son monofónicos, omniscientes y, en algunos casos, equiscientes. Los personajes son variados: transitivos, intransitivos, típicos.

La riqueza simbólica es escasa. La visión del mundo está cargada de cierto patetismo: se busca conmover al receptor. Escasamente se cumplen las funciones testimonial y reflexiva y la función didáctica está prácticamente ausente. Las circunstancias hacen al hombre. Se utiliza la ironía, el humor. La ambientación es tanto campesina como urbana.

En resumen, se trata de la descripción de una sociedad en tránsito, plagada por injusticia social y fatalidad. No se analizan los factores causales. No hay una propuesta coherente de solución: evidentemente, en la sociedad no había un proyecto concreto de cambio social¹².

La corriente existencialista

Carmen Naranjo, con su novela *Los perros no ladraron*, publicada en 1966, inicia la corriente existencialista. Revela esta corriente un marcado desencanto, una desesperación bien congruente con la percepción de un sector social, de que el modelo transformista se estaba agotando. Las señales de corrupción, de entreguismo al extranjero, de crisis de valores, tienen cabida en ella. En términos generales, esta corriente no presenta salidas a los problemas que denuncia y analiza, y cuando las hay, no pasan de ser insinuaciones, como la risa final en *La paz del pueblo*, de Quince Duncan, o la frase «ambos sabemos que habrá un nuevo amanecer» de *El sermón de lo cotidiano*, de Julieta Pinto.

La corriente existencialista examina las relaciones de cada individuo con la sociedad global. Discute el resultado posterior del proyecto político impuesto a raíz de la guerra civil del 48. Se palpa un sentido de cansancio, de angustia, de desencanto con la corrupción. Se analiza la naturaleza injusta de las estructuras sociales, la decadencia de los valores oligárquicos, de los ideales de la clase media y la entronización de la sociedad de consumo. Destacan las referencias a la burocracia, a su deshumanización, al carácter limitante e impositivo de las relaciones interpersonales, los problemas de identidad y el erotismo.

Los narradores existencialistas son polifónicos, omniscientes. Recogen y desarrollan los aportes que la gran novelista costarricense Yolanda

¹² Ejemplos de la corriente testimonial son: *Marcos Ramírez* y *Mi Madrina*, de Carlos Luis Fallas, publicadas en 1952 y 1954, respectivamente; de Fernando Durán Ayanegui, *Dos reales y otros cuentos*, 1961; de José León Sánchez, «Una guitarra para José de Jesús», en *A la izquierda del Sol*, 1972; *Aquí y ahora*, de Alberto Cañas, 1965, y de Abel Pacheco, *Más abajo de la piel*, 1972.

Oreamuno hizo a la narrativa nacional en su novela *La ruta de su evasión*, novela publicada en 1949 y que, dicho sea de paso, por sus características no es ubicable en ninguna de las corrientes detectadas. Estos aportes formales y temáticos, ignorados por los narradores testimoniales, renacen en la corriente existencialista.

Las circunstancias son las verdaderas protagonistas de estas obras. Los personajes son víctimas que se aprovechan y se acomodan, adoptan posiciones cínicas o son psicológicamente liquidados. Son personajes con poca voluntad, con graves problemas de identidad, héroes problemáticos, llenos de frustraciones, la mayoría típicos. Prácticamente, en la narrativa existencialista no hay héroes atípicos y, por cierto, muy pocos arquetipos.

Se incorporan elementos de la sociedad de consumo y de los medios de difusión masiva. Se echa mano a lo onírico. La crítica al *status* es constante, pues la sociedad se percibe como un monstruo que aplasta al individuo. Las cosas cambian para no cambiar. No hay una salida real: la insinuación predomina sobre el aserto explícito. El tiempo no es cronológico, el espacio psicológico es la ambientación más frecuente, la cotidianidad se presenta como problema ¹³.

A partir del Gobierno de Carazo (1978-1982) hay evidencias de un nuevo período en la historia costarricense. Hay una suerte de neoliberalismo en la economía y la política. Sin duda, este cambio va a encontrar en el futuro resonancias en el campo literario. Pero esto tendrá que ser objeto de otro estudio en el futuro.

¹³ Ilustran esta corriente la novela *Así en la vida como en la muerte*, de Gerardo César Hurtado, 1975; *La rebelión pocomía y otros relatos*, de Quince Duncan, 1976; *El sermón de lo cotidiano*, de Julieta Pinto, 1977; *Noche en vela*, de Rima de Vallbona, 1968, y *Diario de una multitud*, de Carmen Naranjo.